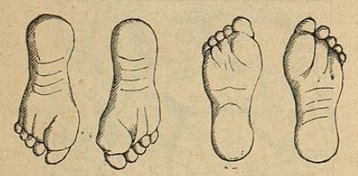
stragula (Valls. *Elegant. ling. Latin.*, VI, 46.—Cf. Bottari, I, 163). En el fondo de la escena está figurado un pórtico de tres arcos sostenido por columnas. El texto sagrado dice que tenía cinco pórticos (Joan., V, 3), y Quaresme refiere que en su tiempo estaban todavía en pie dos de los arcos de la parte occidental (*Hist. terræ sanctæ*, IV, 9.—Cf. Bott., ibíd.). En el museo de Viena (Isère) existe un fragmento de sarcófago en el que se cree reconocer también la piscina probática (véase Le Blant. *Inscr. chrétiennes de la Gaule*, II, 141).

PLANTAS DE PIES sobre las tumbas cristianas.—Es un jeroglífico raro y curioso, sobre cuyo sentido no están de acuerdo los anticuarios. Estas huellas se hallan dirigidas las más veces en el mismo sentido, sin embargo de que otras van en sentido contrario (Fabretti, pág. 472); otras veces se encuentran dos en una misma dirección y dos en dirección opuesta (Lupi. *Epitaph. Sev.*, pág. 68); por



último, se encuentran, aunque más rara vez, algunos pies vistos de perfil (ídem, pág. 70). No podríamos entrar aquí en el detalle de

todas las explicaciones que se han propuesto respecto á este símbolo (véase Pelliccia. *Polit. eccles.*, III, 225), contentándonos con indicar las que nos parecen mas plausibles.

1.° Se ha creído desde luego que las plantas de los pies impresas sobre las piedras sepulcrales estaban destinadas á indicar la posición, ó que no podía enajenarse la tumba (*Possessio, pedis positio*), según este adagio de los antiguos: *Quidquid pes tuus calcaverit tuum erit*, «todo lo que esté marcado por tu pie, será tuyo». Un gran número de sellos antiguos, con los cuales se marcaba una cosa como propia, afectan la forma de planta del pie (véase un sello de esta especie en el artículo *Anillo*). Algunos anticuarios (véase Lupi, ibíd., 69) publican una inscripción que parece confirmar esta primera interpretación; hela aquí: QVIE IANAE, con dos pies, detrás de los cuales se hallan estas iniciales: H. D. Lupi ha leído: QUIETI IANAE HIC DORMIENTIS; Pelliccia (ibídem, 227), por el contrario, interpreta las dos iniciales por HÆRES DONAVIT, ó HÆREDES DONAVERUNT, fórmula de posesión que no es rara sobre los mármoles antiguos. Entre los Hebreos, una cesión de derecho no se consideraba perfecta si el cedente no se quitaba el calzado para entregarlo al cesionario (*Ruth.*, V, 2).

2.° Pelliccia (ibíd., 226) ha imaginado una segunda explicación bastante ingeniosa. Habiendo observado que entre los Griegos se consideraban los pies como signo ó símbolo de una cosa perdida, hasta el punto de que de la palabra ποῦς, pie, han formado el verbo ποδεῖν, que, según los intérpretes, significa «tener un gran sentimiento por una cosa perdida», supone que al grabar sobre las tumbas huellas de pies, han querido los antiguos expresar el dolor que experimentaban por la pérdida de los suyos. La opinión del abate Cavedoni respecto á las plantas de pie dibujadas de perfil, no se separa mucho de aquélla; cree que expresan una idea de veneración y de singular afecto hacia los difuntos, y que los padres y amigos venían á besarlas como representando los pies de aquellos que lloraban. Así Magdalena no dejaba de besar los pies de Jesús, después de haberlos regado con sus lágrimas (Cavedoni, *Ragguaglio di monum. delle art. Christ.*, pág. 40).

3.° El P. Lupi (ibíd.) recuerda que entre los paganos las piedras que llevaban estas figuras de pies eran monumentos votivos en ocasión de un feliz regreso, después de un largo y peligroso viaje; de suerte que estas plantas de pie, que parecen ir y venir, serían una expresión equivalente de esta fórmula, que se lee con bastante frecuencia en los mármoles antiguos: SALVOS. IRE. SALVOS. REDIRE; ó de esta otra: PRO. ITV. AC. REDITV. FELICI (Lupi, *op. laud.*, pág. 69), y el docto jesuíta concluye que los fieles se apoderaron de esta idea, como de tantas otras, para hacer de ella la alegoría del viaje de la vida feliz y santamente terminado (véase el artículo *Peregrinaciones*). Esta explicación encuentra una gran probabilidad en la fórmula IN DEO, que algunas veces acompaña á las plantas de pies (Boldetti, pág. 419), y que vendría á decir *Obiit*, ó *Decessit in Deo*, fórmula calcada en esta frase de la Biblia: *Ambulavit in Deo* (*Genes.*, V, 24).

POLIANDRO.—Véase el artículo *Loculus*.

PORTEROS.—Eran éstos los más humildes de los clérigos menores en la Iglesia primitiva. Son llamados sucesivamente *janitores*, *ostiarii*, *æditui*.

Estaban destinados, como su título indica, á la custodia de las puertas de la iglesia, á fin de impedir que los paganos penetrasen en ella, y vigilar para que los hombres y las mujeres entrasen cada cual por la puerta destinada á su sexo (véase el grabado del artículo *Órdenes*

menores). En la Iglesia griega, los porteros estaban encargados únicamente de la puerta de los hombres, confiándose la de las mujeres á las diaconisas. Las *Constituciones apostólicas* expresan perfectamente esta diferencia (lib. VIII, cap. 28): *Janitores stent ad introitum virorum custodiendi caussa, diaconissa vero ad mulierum.* Es, pues, injusto que se haya dicho de una manera absoluta, que esta clase de clérigos no existía sino entre los Latinos. San Epifanio (*Exposit. fid.*, n. XXI) y el Concilio de Laodicea (can. XXIV) prueban que este orden no era extraño á la Iglesia griega. Una novela de Justiniano (*Nov.* III, c. 1) habla de los porteros como existiendo en Constantinopla, y se reduce su número á ciento para las iglesias de la ciudad. Parece cierto, no obstante, que el orden de porteros no fué nunca adoptado universalmente en las iglesias griegas, y que no duró mucho tiempo en las que lo habían recibido.

Como quiera que sea, los porteros estaban también encargados de colocar á los penitentes y á los catecúmenos en sus respectivos sitios, y mantener el silencio en el lugar sagrado (*Concil. Carthag.*, IV, an. 398). Anunciaban á los fieles el día y la hora de las asambleas, lo cual exigía, sobre todo en tiempo de las persecuciones, una gran prudencia, á fin de que estas santas reuniones no fuesen descubiertas, ni los cristianos señalados á la atención pública. Por último, custodiaban los objetos pertenecientes á la iglesia, y desempeñaron con frecuencia las funciones de tesoreros. Este último servicio parece ser el más importante, porque es el único que menciona la fórmula de su ordenación, tal como se encuentra en el cuarto concilio de Cartago (c. 9) y en el orden romano (Pars. II. *Bliblioth. max. PP.*, t. XIII, pág. 704). Al remitir al ordenando las llaves de la iglesia (en la Iglesia latina, por lo menos; la fórmula de los Griegos no es conocida), el obispo les dirigía estas palabras: *Sic age, quasi reddituru Deo rationem de his rebus, quæ his clavibus recluduntur*, «condúcete como quien tiene que dar cuenta á Dios de las cosas que se hallan encerradas con estas llaves».

Los porteros tenían su habitación en las celdillas situadas en el exterior de las basílicas (Bingham, vol. III, pág. 274), á fin de que estuvieran siempre dispuestos para ejercer las funciones de su orden (véanse las explicaciones que damos en nuestro artículo *Sepulturas*, IV).

A principios del siglo III es cuando los documentos eclesiásticos mencionan por primera vez los porteros, y el más antiguo de estos documentos es una carta del Papa Cornelio (Ap. Euseb. *Hist. eccl.*, VI, 43). Desde esta época los Padres hablan de ellos con frecuencia, entre otros San Jerónimo (*In cap.* II. *Epist. ad Tit.*), San Paulino (*Epist.* V *ad Sev.*), San Agustín (*Serm.* XLV, n. 31), etc. Tenemos en la colección de Gruter (MLXI, 6) el epitafio de un URSATIUS USTIARIUS (*sic*), mármol existente en Tréveris. Esta es, á nuestro parecer, la única mención lapidaria del orden de portero.

PRÆFECTI VALETUDINARIORUM.—Véase el artículo *Hospitales*.

PREDICACIÓN en los primeros siglos cristianos.

I. *Los discursos.*

1.° Los discursos dirigidos á los fieles por los oradores cristianos fueron llamados sucesivamente *tractatus* (Optat. Milev. *Contr. Parmen.*, l. IV *et passim.*—Ambros. *Epist.* XIV. *Ad Marcellin.*—Hieron. *Ep.* LXV, etc.); este nombre se aplicaba sobre todo á los discursos que tenían por objeto la explicación de algún pasaje de la Escritura;—*disputationes* (Agustin. *Tract.*, LXXXIX. *In Joan.* — Hieron. *Epist.* XXII. *Ad Eustoch.*, 15), que designaba más particularmente las discusiones de los Apóstoles con los Judíos ó los gentiles, y más tarde las de los Padres con los herejes;—*doctrinæ*, διδασκαλίαι: esta palabra, que expresa con propiedad la exposición de la doctrina, fué empleada de preferencia por los Padres griegos; los Latinos dieron con frecuencia el nombre de *doctores* á los que se dedicaban á este género de instrucción (Agustin. *Serm.* CXXII.—Vincent. Lirin. *Commonit.*, XXVII);—*homiliæ*, de la palabra griega ὁμιλίαι, equivalente á los *sermones* de los Latinos (Agustin. *Enarrat. in ps.*, CXVIII. *Proœm.*); eran instrucciones familiares y al alcance de todas las inteligencias; la palabra *adlocutiones* ó *locutiones*, con frecuencia empleada por los Padres, tiene una significación vaga y genérica (Tertul. *De anima*, IX. — Greg. Magn., l. VII, *epist.* 52).

2.° Antes de empezar su discurso, el predicador trazaba la señal de la cruz sobre su frente. Seguramente á esta costumbre alude San Metodio (*De Simeone et Anna*) cuando llama á una de estas homilías *navem sermonis crucis signaculo insignitam*, «el buque del discurso adornado (ó provisto) del signo de la cruz». Los Padres se preparaban con el signo sagrado, sobre todo cuando tenían que disputar con los herejes (Cyrill. Hierosol. *Catech.*, XIII). El orador pronunciaba en seguida una corta oración, á ejemplo de San Pablo: *Sermoni oratio debet anteire*, dice San Juan Crisóstomo (*Homil.* XXXIII), *sic Paulus facit, quum in exordiis suarum epistolarum orat*, «el discurso debe ir precedido de la oración; Pablo la usa así cuando suplica al principio de sus epístolas». De ahí estas fórmulas tan frecuentes en San Agustín: *Det nobis Dominus aperire mysteria* (*Ad psalm.* XCI y CXXXIX), — *Donet mihi aliquid dignum de se dicere*, «que el Señor nos permita abrir los misterios»,

«que me permita decir algo digno sobre él». También él se recomendaba á las oraciones de sus oyentes: *Adjuvet Deus orationibus vestris, ut ea dicam quæ oportet me dicere et vos audire*, «que Dios escuche vuestras súplicas, á fin de que yo diga lo que conviene decir y lo que vosotros debáis escuchar». El orador dirigía nuevas oraciones á Dios, para implorar sus luces, cuando en el curso de su instrucción se presentaba alguna cuestión difícil. Por último, terminaba ordinariamente por una invocación á la Santa Trinidad. Sirvan como ejemplos, entre los Griegos, San Gregorio de Nacianzo: *In Christo Jesu Domino nostro, cui gloria et Patri cum Spiritu Sancto in sæcula sæculorum. Amen;* y entre los Latinos, San León: *Per Christum Dominum nostrum, qui vivit et regnat cum Patre et Spiritu Sancto in sæcula sæculorum. Amen* (véase Ferrari. *De rit. S. concion.*, cap. XXII).

3.º En ciertos lugares, el predicador empezaba por el saludo *Pax vobis*, y el pueblo respondía: *Et cum spiritu tuo.* Esto es lo que las *Constituciones apostólicas* llaman πρόσρησιν. San Optato dice que esta fórmula era usada en África tanto antes como después del sermón. Algunas veces se sustituía por ésta: *Benedictus Deus*, «¡Bendito sea Dios!» (Chrysost. *Homil.* IV. *Ad Antioch. pop.*). Muy pronto se estableció la costumbre de pedir la bendición al obispo que presidía. San Juan Crisóstomo asegura (*Homil.* IX, XI, etc.) que esto se practicaba sobre todo en los tiempos de las grandes calamidades; y entre los Griegos encontramos con frecuencia, á la cabeza de las homilías de los Padres y de las *Vidas* de los Santos, esta fórmula: εὐλόγησον, πάτερ.—*Benedic, pater* (véase Ferrari, cap. IX), «Bendecid, padre».

4.º Antes de la lectura de la Sagrada Escritura, que precedía siempre á la instrucción, los diáconos, á ejemplo de los levitas de la antigua ley (2 Esdras., VIII, 7), imponían silencio al pueblo (Chrysost. *Hom.* XIX. *In Act. apost.*—Greg. Turon. *Hist. Franc.*, lib. IV, *prop. fin.*—Isid. Hispal. *De eccl. off.*, c. X, etc), ya con la voz (Chrysost. *Hom.* XVII), ya con la mano (Albin. Flacc. *De divin. offic.*, c. *De celebr. miss.*), ya agitando el *orarium*, principalmente en las Iglesias orientales (Balsam. *Ad can.*, XXII, *synod. Laodic.*). Sabemos también que, antes de tomar la palabra, el mismo orador reclamaba el silencio. De esto tenemos varios ejemplos en los *Actos de los Apóstoles;* así, en el capítulo XII (vers. 17) se dice de San Pedro: *Annuens eis manu ut tacerent, narravit.....*, «haciéndoles con la mano señal de que callasen, refirió.....»; en el capítulo XIII (vers. 16): *Surgens autem Paulus, et manu silentium indicens, ait.....*, «levantándose Pablo, é imponiendo silencio con la mano, habló así.....» Los oradores en la antigüedad imponían silencio á su auditorio, unas veces con el débil ruido que resulta de la frotación del pulgar con el dedo medio, otras elevando el índice y el medio, como para la bendición latina, otras extendiendo la mano entera con dignidad: *Tunc Paulus, extenta manu, cœpit rationem reddere* (*Act.* XXVI, 1), «entonces Pablo, extendiendo la mano, empezó su justificación (delante de Agripa)».

5.º Ordinariamente el predicador anunciaba, desde el principio de su discurso, el asunto que iba á tratar (Chrysost. *De Lazar.*, III); algunas veces se anunciaba con varios días de anticipación, ya el mismo asunto, ya también el texto que se proponía desarrollar (ídem, *Homil.* X. *In* c. 1, Joan). Al subir al sitio desde donde debía predicar, el orador llevaba en la mano el libro sagrado, á fin de leer ó hacer leer su texto por el lector, texto que debía guardar siempre relación con el tiempo ó con la fiesta; dejaba y tomaba alternativamente el libro cuando había que citar algún nuevo pasaje. Los Padres predicaban algunas veces *ex abrupto* sobre el texto que se presentaba al abrir el libro. Esto es lo que sucedía con frecuencia á San Agustín, que aceptaba este texto como una inspiración divina (*Homil.* XXVII, l. 50): *Aliquid de pœnitentia dicere divinitus jubemur*, «se nos ha mandado por la divinidad que os digamos algo sobre la penitencia»; y en otra parte (*Serm.* LXIII): *Ab* ILLO (*Domino*) *expectavit cor meum jussionem proferendi sermonis*, «mi corazón ha esperado del Señor la orden de dirigiros este discurso». Orígenes improvisó también, pero sólo después de los sesenta años de edad (Euseb., VI, 36). San Juan Crisóstomo no se atrevió á llegar á este peligroso método sino en casos de precisa urgencia (Sozom., VIII, 19), *coactus ex tempore habuit rationem.* Sabemos también por varias de sus homilías que le ocurría interrumpirse á menudo para seguir una inspiración repentina, ó para responder á las exigencias de algún incidente imprevisto (*Homil.* IV. *In Genes*). San Agustín, San Gregorio de Nacianzo y San Basilio, han dejado obras maestras de improvisación. Estos discursos eran recogidos por notarios familiarizados con el arte de la estenografía (véase el artículo *Notarii*); algunos los escribían á hurtadillas (Euseb., IV, 36. —Véase Ferrari, pág. 311). Si algún milagro se había hecho recientemente y desde la última asamblea, el predicador lo refería ó hacía leer su relación por un lector. Si se trataba de una curación, se presentaba al público el interesado, á fin de conmover al pueblo y de estimularlo á rendir gloria á Dios y á sus Santos (Agustín. *Serm.* XXIX *et passim.*).

6.º Los Padres tenían gran cuidado de atraerse la atención de los fieles. Tampoco se extendían nunca, en sus discursos, más de una hora, que parece límite riguroso, á juzgar ciertas precauciones oratorias en las que se lamentaban de estar apremiados por la hora, y se excusaban de abreviar sus explicaciones: *Sicut et nos loqui possumus,—quantum* HORA *sermonis permittit*, dice San Agustín, «como nos está permitido hablar,—tanto como nos lo permite la HORA concedida al discurso» (*Serm.* CXLIII. *De temp.*—Véase también Orígen. *Hom.* II. *In Genes.*—Cyrill. Hierosol. *Catech.*, XIII.—Petr. Chrysol. *Serm.* CXXI.....). Pero ¿cómo medían esta hora? Probablemente por la clepsidra, de la cual Casiodoro hace esta elegante descripción (*Variar.*, l. I, *epist.* 449): *Ad horologium ubi solis meatus sine sole cognoscitur, et aquis guttantibus horarum spatia terminantur*, «el reloj donde se conoce la marcha del sol sin el sol, y donde los espacios de las horas están marcados por aguas que corren gota á gota».

II. *Los predicadores.*

1.º El poder y el deber de predicar pertenecen esencialmente á los obispos, sucesores de los Apóstoles, á los que se ha dicho: *Euntes docete.....* Pero en caso de impedimento legítimo, pudieron siempre hacerse sustituir por un sacerdote. Así, San Juan Crisóstomo predicó con frecuencia antes de su elevación al episcopado (Pallad. *In ips. Vit.*), y Valerio, obispo de Hipona, quien, griego de nacimiento, se expresaba difícilmente en latín, se libró á menudo del ministerio de la palabra, confiándola á San Agustín (Possid. *In Vit Aug.*, V); este parece ser, sin embargo, el primer sacerdote que se haya encargado de ella en la Iglesia de Africa. Algunas veces los obispos hacían leer sus homilías por los notarios que las habían escrito. San Gregorio el Grande, enfermo del estómago, predicaba á menudo con ayuda de un notario apostólico (*Homil.* XXI. *Lib.* XL, *homil.*). Los diáconos eran también llamados á predicar (*Concil. Vasens.*, II, can. 2), pero únicamente cuando el sacerdote estaba impedido, por enfermedad, de sustituir al obispo en este oficio. Es cierto que en los primeros tiempos, principalmente durante las persecuciones, los diáconos anunciaban la palabra de Dios. Tenemos en los *Actos* (VII) un bello sermón de San Esteban; Felipe, uno de los siete primeros diáconos, es llamado *evangelista* (*Act.* XXI), no porque haya escrito un Evangelio, sino porque desempeñaba el ministerio de la palabra evangélica. También vemos en el ardor de las persecuciones á los tiranos buscar y sacrificar con especial preferencia á los diáconos porque sus incesantes exhortaciones sostenían á los fuertes y animaban á los débiles.

Los Padres, en la imposibilidad de trasladarse á todas aquellas partes donde les llamaba la obra de Dios, predicaban las más de las veces por cartas, á ejemplo de San Pablo. Así, San Clemente, San Cipriano, San Atanasio y San Juan Crisóstomo instruían también á sus caras ovejas desde el fondo de su destierro ó de su prisión. Con frecuencia también, después de haber pronunciado sus homilías en sus catedrales, enviaban copias á las demás (véase Ferrari, l. II, c. 3).

En un principio estaba prohibida la predicación á los laicos. Por excepción, sin embargo, se permitió algunas veces á hombres de probada doctrina, enseñar, en particular como catequistas, y San Jerónimo (*De script. eccl.*, XXXVI) asegura que un gran número de laicos ilustres se sucedieron con esta cualidad en la célebre escuela de Alejandría (véase el artículo *Escuelas cristianas*). La antigüedad nos facilita todavía algunos ejemplos de laicos que fueron encargados por los obispos de predicar públicamente en la iglesia. Así Orígenes, antes de su ordenación, fué llamado con este objeto por Alejandro, obispo de Jerusalén (Euseb. *Hist. eccl.*, VI, 19), y también por Teoctisto de Cesárea.

Las mujeres, según el precepto de San Pablo, no tuvieron jamás la facultad de hacer uso de la palabra en la asamblea de los fieles. Únicamente aquellas que se consideraban como capaces, se encargaban algunas veces de instruir particularmente á las mujeres catecúmenas (*Concil. Carthag.*, IV, 12).

2.º Aunque resulta de diversos pasajes del Nuevo Testamento que Nuestro Señor y los Apóstoles predicaban con frecuencia de pie, es cierto, no obstante, que la postura clásica y

esencial del que enseña con autoridad es la de estar sentado, y así es como el Salvador se

nos aparece en las ocasiones solemnes (Luc., II, 14.—Matth., V y XVI.—Luc., VI.—Joan., VIII). En las capillas de las catacumbas, y en las basílicas primitivas, se observa invariablemente en el fondo del ábside la cátedra donde se sentaba el obispo para enseñar (véase el artículo *Cátedras*). También había un asiento sobre la plataforma del ambón, y sabemos por San Juan Crisóstomo, por Nicéforo Calixto (*Hist. eccl.*, XIII, 4) y Casiodoro (*Tripart.*, X, 4), que el orador cristiano se sentaba allí para predicar. Lo que lo prueba sobradamente, es que los Padres se levantaban cuando eran impulsados por un movimiento patético, ó cuando tenían que dirigir una oración á Dios: *Surgentes oremus*, «levantémonos para orar» (Orígen., *homil.* XX, *in Num.*); — *Et sermo noster satis processit surgentes et nos ipsi extendamus manus*, «nuestro discurso ha alcanzado sus límites, levantémonos y lavémonos también las manos», alusión á la actitud de la oración entre los primeros cristianos (véase el artículo *Oración*) (Athanas. *Hom. de Sem.*).

Creemos deber reproducir aquí, y damos en la página anterior, una curiosa lámpara cristiana encontrada en 1874 en las ruinas de una ciudad romana sobre la colina del Pausilipo, y en la que se ve un orador sentado, según el tipo clásico de que acabamos de hablar (De'Rossi. *Bullet.* 1874, pl. X).

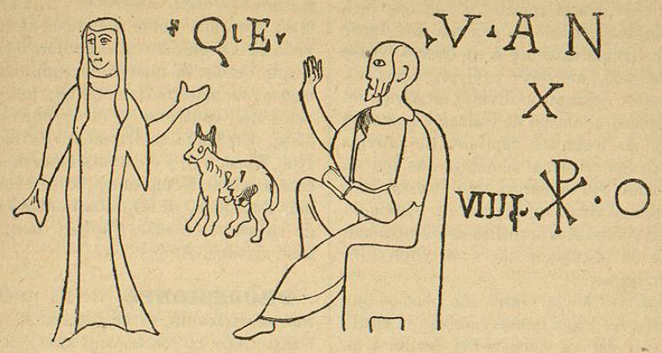
III. *Los oyentes.*

1.º Los Apóstoles y los Padres daban á sus oyentes el nombre de *hermanos*. Tenemos de esto numerosos ejemplos en las Epístolas de San Pablo, en los *Actos de los Apóstoles*, en San Justino (*Apol.*, II, *Dialog. cum Tryph.*), en Atenágoras (*Legat. pro Christian.*), en San Clemente de Alejandría (*Strom.*, II y V), en Tertuliano (*Apol.*, XXXIX), en Minucio Félix, San Optato, San Agustín, etc. (véase el artículo *Fraternidad*). Algunas veces los llamaban también *Santos* (1 Petr. *Rom.*, I, 15. —2 *Cor.*, XIII. *Philipp.*, IV.—*Act.* IX y XXVI. —Ignat. et Polycarp., *in epist.* — Tertul. *Ad uxor.*, VI *et passim*). De ahí vinieron *fraternitas vestra*, *sanctitas vestra*, *caritas vestra*, *fratres carissimi*, *dilectio vestra*, *dilectissimi*, calificativos afectuosos que encontramos en los discursos de Orígenes, de San Zenón de Verona, de San Atanasio, San Hilario, San Cirilo de Jerusalén, San Basilio, San Gregorio de Nacianzo, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo, San Agustín, etc.

2.º La lectura de los Padres, los griegos sobre todo, prueba que los fieles estaban de pie para escuchar la palabra de Dios, y por un pasaje de San Optato de Milevo parece que esta postura era prescrita (L. IV. *Adv. Parmen.*). San Agustín daba á los enfermos permiso para sentarse, y censuraba severamente á los que lo hacían sin permiso y sin motivo legítimo (*De catechiz. rud.*, XIII, *tract.* XIX. *In Joan.*, etc.). Vemos en Eusebio (*De Vit. Constant.*, IV, 33), que Constantino escuchó de pie, por humildad y por respeto, una homilía del obispo de Cesárea (véase el artículo *Bastón*).

3.º En general, se exigía el mayor silencio, y era observado durante la predicación; también estaba prohibido á los pobres turbarlo circulando por la iglesia para pedir limosna. Sin embargo, el pueblo tenía la costumbre de interrumpir á veces al predicador con vivas aclamaciones. Tenían dos objetos principales: el primero dar á entender que se habían comprendido las explicaciones dadas. Así, San Agustín, en su sermón LXXIII, á propósito del Evangelio de San Juan, habiendo manifestado el temor de que las discusiones algo ingeniosas á que se había entregado respecto á las tres potencias del alma, la memoria, el entendimiento y la voluntad, no hubieran sido comprendidas, todo el pueblo levantó la voz para tranquilizarlo, y gritó: «*¡Memoria! ¡Memoria!*» Otras veces era un acto de entusiasta adhesión. Así, Pablo de Emesa, predicando sobre la Encarnación en presencia de San Cirilo de Alejandría (*Inter homil. ejusd.*, VII), no bien hubo pronunciado estas palabras: *Peperit itaque Deipara Maria Emmanuelem*, «María, madre de Dios, concibió á Emmanuel», cuando todo el auditorio expresó en alta voz su adhesión á esta verdad: *Ecce fides eadem est, donum Dei, Cyrille orthodoxe; hoc audire cupiebamus; qui non ita loquitur, anathema sit!* «He ahí la verdadera fe, don de Dios, ¡oh ortodoxo Cirilo! esto es lo que nosotros deseábamos oir; el que no hable así, sea anatematizado.» No podríamos pasar en silencio esta magnífica aclamación del pueblo de Constantinopla á San Juan Crisóstomo, la cual nos ha sido conservada por Jorge, patriarca de Alejandría (*In ips. vit.*, XLII), y donde el orador boca de oro, es proclamado *un décimotercero Apóstol: Revera dignus es hoc sacerdotio, o apostolorum tertie decime. Christus te ad nos misit, ut salvas faceres animas nostras, et potares de fontibus Salvatoris; quod ipse tibi dedit*, etc., «en verdad, tú eres digno de este sacerdocio, ¡oh décimotercero Apóstol! Cristo te ha enviado á nosotros para que salves nuestras almas y para que les des de beber en las fuentes del Salvador; ésta es la misión que te ha confiado». Estas aclamaciones estaban con frecuencia acompañadas de ruidosos aplausos con las manos y los pies; se agitaban en el aire los *oraria* ó los pañuelos, ó también las clámides (Hieron. *Epist.* LXXV). Pero los Padres reprobaron siempre estas especies de manifestaciones traídas del teatro y buscadas únicamente por hombres vanos, tales como Pablo de Samosata, que llegaba hasta reclamarlas como un derecho (Euseb. *Hist. eccl.*, VII, 26).

Los obispos y los sacerdotes están algunas veces representados en sus tumbas en actitud de predicar. He aquí un singular ejemplo, facilitado por una simple piedra sepulcral del cementerio de Priscila (Perret, t. V, pl. XXII). Se ve en ella un predicador sentado en una cátedra de la más primitiva forma, y cuyo auditorio se compone de una mujer, representación real, aunque abreviada, y una oveja, representación simbólica del pueblo cristiano escuchando la palabra de Dios.



IV. *Los tiempos y los lugares consagrados á la predicación.*

1.º Desde el nacimiento de la Iglesia, el domingo fué un día de reunión y de predicación para los fieles (*Act.*, XX): lo sabemos por San Jerónimo (*Epist.* CL. *Ad Hedib.*), San Agustín (*Epist.* LXXXVI. *Ad Casulan.*), San Ambrosio, San Juan Crisóstomo, etc. También se predicaba en los días de fiesta, y en particular en las de los mártires (Chrysost. *Orat. adv. Judæos*), en la consagración de los obispos; así, San Gregorio de Nacianzo predicó con motivo de la de Sasimoro (*Orat.*, VII); San Gregorio de Nyssa y San Juan Crisóstomo usaron la palabra en la ceremonia de su propia ordenación. Había también un sermón el día aniversario de estas solemnidades: ejemplos, San Agustín (*Homil.* XXIV y XXV. *Lib.* L, *hom.*), San León el Grande (*Serm.*, I, II y III), etc. Varios discursos de San Agustín prueban que se hacía lo mismo en la consagración de las basílicas y de los altares: así, Fausto, obispo de Reims, predicó en Lión en la dedicatoria de una iglesia, como nos lo dice San Sidonio Apolinario (*Epist.* III). También se predicaba en las vigilias de ciertas fiestas (Gaudent. Brix. *Trac.*, IV) y todos los días de la Cuaresma y de la semana de Pascuas. San Cesáreo de Arlés pronunciaba homilías casi todos los días, en las horas de maitines y de prima; San Ambrosio tenía la misma costumbre (Agustin. *Confess.*, VI, 3); y San Agustín remitió con frecuencia sus oyentes á sus instrucciones de la víspera ó de un día anterior; en ciertos puntos había dos sermones cada día y algunas veces en la misma asamblea: primero predicaba el sacerdote, y el obispo venía á corroborar su palabra con una exhortación paternal: esto es lo que sabemos por San Juan Crisóstomo, San Jerónimo y otros muchos Padres. Por último, cuando dos ó varios obispos se hallaban juntos en la misma congregación, hablaban sucesivamente, como hicieron en Constantinopla, al decir de San Jerónimo, San Epifanio y Juan de Jerusalén.

2.º La iglesia fué siempre el sitio ordinario de la predicación entre los cristianos, como el templo y la sinagoga entre los Judíos. Se predicaba desde un punto elevado, á fin de que el pueblo pudiera escuchar mejor la palabra de Dios. Este lugar, durante las persecuciones, era la cátedra abierta en la roca dentro de los cementerios, y en las basílicas también la cátedra ó asiento de mármol en el fondo del ábside. San Agustín (*De civit. Dei*, XXII, 8) designa con el nombre de *exedra* el hemiciclo donde su cátedra se levantaba por gradas en el fondo de su basílica: *In gradibus exedræ in qua de superiori loquebar loco* (véase el artículo *Cátedra*). También se predicaba desde lo alto del ambón, situado entre el santuario y la nave (véase el artículo *Ambón*). Algunas veces se predicó también desde las gradas del altar, como nos lo dice de sí mismo San Gregorio de Nyssa (*Orat. de baptism.*), y como resulta de estos bellos versos de Sidonio Apolinario (*Carm. eucharist. ad Faust. episc.*):

> Seu te conspicuis gradibus venerabilis aræ
> Concionaturum plebs sedula circumsistit.....

Sobre la predicación en los primeros siglos se encontrarán muchos detalles en Bingham (*Origin. eccl.*, t. I, pág. 321), y casi todo cuanto pueda desearse, en la obra de Ferrari *De ritu sacrarum Ecclesiæ veteris concionum*, in-4.º, Veronæ, 1731.

PRESBYTERA.—Véase el artículo *Matrícula.*

PRIMA.—Véase el artículo *Oficio divino*, II.

PRIMACÍA DE SAN PEDRO.—Véase el artículo *Pedro* (*San*) y *San Pablo*, IV.